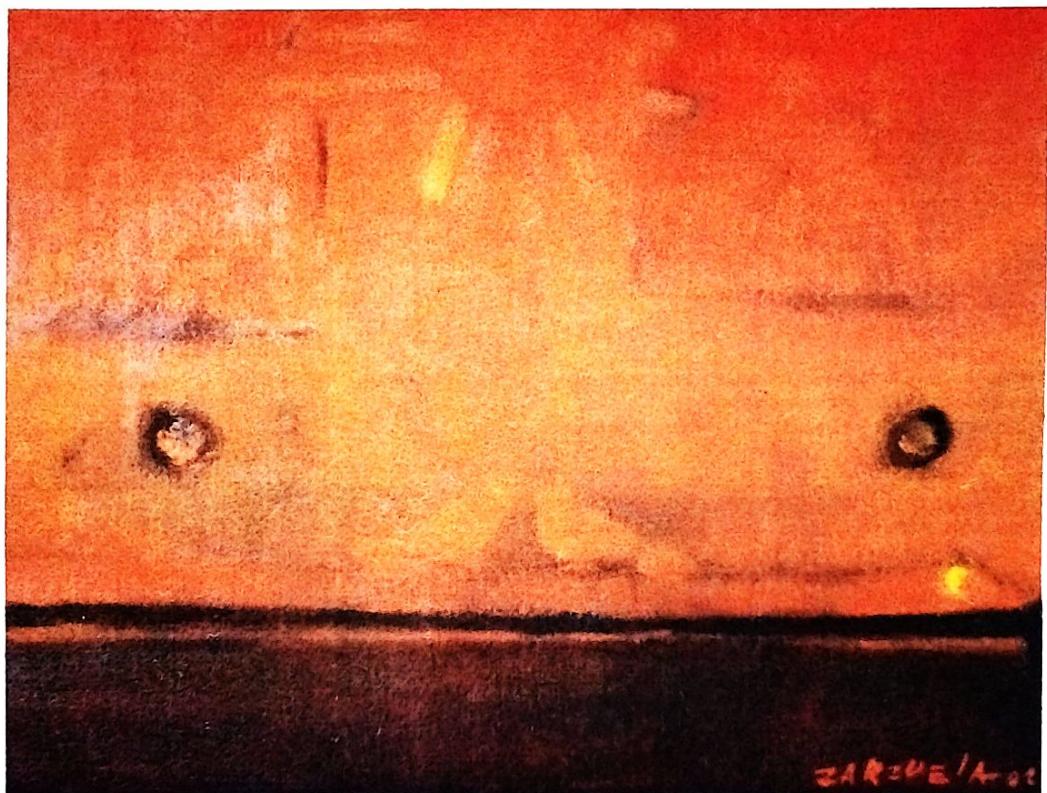


Se le aparece cada quincena



ZARZUELA 2007

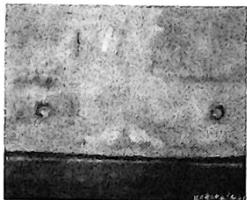
Claudio Ferrufino-Coqueugniot • Luis Fuentes
Guram Petriashvili • Heidi Urday • Gaby Vallejo
Luz Aparicio de Fuentes • Felipe Mansilla

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII nº 412 Oruro, domingo 1 de marzo de 2009





Tertulia. Óleo sobre tela
Erasmo Zarzuola Chambi

A María Luisa



La fueron a enterrar con sayal franciscano,
—cercada su cintura con un cordel de estopa—.
(Antes, la velaron los ángeles.
Éstos le quilaron su corona de espinas).

No hubo, en ella, más dolor
que los cánceres que herrumbran
la guerra de los huesos,
ni más decaimiento del que tienen
las venas como tendones fríos
de los muertos lejanos

Quebranlada de miedo,
la muerte la llamaba por la ventana
o detrás
de la
puerta...

Escalpelos sombríos
en su riñón doliente...
No hubo, en ella, más dolor
que el suplicio quedado en la tiniebla,
de ir acabándose, de irse yendo,
de irse apagando entre cirios y secretas
lágrimas.

Ella estuvo ausente de sí misma.
Tan lejos de la vida, ¡tan cerca de la muerte!
Y, de pronto, sonrió como antes, cantando,
entre
nosotros
la oración de la tarde.

Fue cuando abrió sus ojos ¡tan claros!
¡Tan dulcemente hermosos!
Y nos miró hasta el alma;
hasta el mismo desierto en el que éramos
sólo la sed temible de los últimos naufragos.

¡Oh amor entre sollozos.
ante el quebranto desatado en el viento!

¡Oh secreto dolor ya sin memoria en los muros,
inútil el camastro que se quedó vacío
—sin ángeles, ya sin más tiempo que el silencioso
quejido entre almohadones y sombras
rescaladas
de la oscuridad!

Luis Fuentes Rodríguez. Poeta y profesor tarijeño.

Esenin

(Sergio Esenin. Poeta ruso. 1895-1925)

Bajemos, dulce Esenin, a la taberna rusa. Allí y acá los campesinos huelen y las putas se molan de nuestros escritos.

Bajemos, dulce Esenin. Quizá en el vaho y en los cráneos rotos volvamos a hallar el perfume de los abedules o el llameante trigo de la tierra.

La aldea de Konstantinovo duerme la noche secular. El día en que nació Esenin los árboles abrieron grietas en sus troncos como queriendo gritar. La isba subió al cielo infernal como fuego.

Trashuma el poeta y nombra fermenino al barro. Amalgama un verso negro y blanco; acaricia vientres y destroza los platos. Todo bajo las cúpulas del Moscú tabernario donde agoniza.

Ama como sabes, Esenin. Ama y luego corre a ahorcarte, a abrirte las venas, a escribir con sangre. Muere como vives, dulce Esenin. Toma, te regalo una cuerda...

Bajamos a la taberna y subimos también a las laderas de los cerros de mi ciudad. Allí, en una casa de maullantes gatos, nos amamos, una mujer y yo, no en el nombre de Dios, Esenin, sino en el tuyo y en el de los que son como tú.

Claudio Ferrufino-Coqueugnot. Bolivia.



el duende
director: luis urquiza m.
rejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuola c.
adolfo cáceres r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
illa 448 teléf. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

La bailarina

Era una cálida noche de otoño.

Bajo la brillante luz de los escaparates de la calle principal centelleaban los adoquines de la calzada. En la acera, hojas caídas acá y allá se iban volviendo amarillentas.

Era una hora tardía.

La pequeña ciudad se disponía a dormir. Los escasos peatones andaban apresuradamente. Una mujer joven, bonita, caminaba con calma.

Era una bailarina.

Aquella misma tarde había decidido dejar la escena. No, no porque ya le costase bailar: los espectadores la aplaudían tanto, como antes, y la cubrían de flores, cuando, después del espectáculo, saludaba en el escenario contenta y feliz.

Simplemente, la bailarina había comprendido que había alcanzado el límite, que no llegaría a bailar mejor que ahora ni a conseguir mejores éxitos.

Aún no había hablado con nadie de su decisión. "Mañana por la mañana se lo diré al director y me iré del teatro sin ruido —pensaba—, de lo contrario me harán una despedida solemne, con discursos de alabanza..."

La bailarina caminaba pensativa. Y aun así se dio cuenta de que los peatones la miraban fijamente, se paraban a observarla como embrujados.

Lanzó una ojeada a su imagen reflejada en un escaparate y se quedó estupefacta: arrastraba tras de sí los brillantes haces de luces de colores que la iluminaban en la escena.

La bailarina resplandecía, no podía apartar la mirada de las luces. Los relieves se quebraban y se multiplicaban en los escaparates e inundaban de luz la calle.

La gente salía corriendo de sus casas. Balcones y verandas se llenaron de muchachos.

Reconocían a la bailarina.

La gente contemplaba con reverencia el milagro de la preciosa mujer envuelta en resplandores.

La bailarina sonreía feliz.

De improviso empezó a sonar una música. Alguno violinista se había puesto a tocar en el balcón.

Y la bailarina comenzó a bailar.

Mientras bailaba, iba avanzando por la calle. Y parecía como si todo lo que había a su alrededor tomara parte en la danza: los plátanos que había a lo largo de las aceras, los emperifollados maniquíes de los escaparates y la luna, que se asomaba a través del follaje de los árboles. Y encima de su cabeza daban vueltas, iluminándola, brillantes resplandores de luz.

La música seguía. Bailando pasó frente a verandas abiertas, frente a balcones y de todas partes le llegaba la música. Tocaban la guitarra y el caramillo, el violín y la mandolina, alguien incluso se las ingenió para sacar un piano a la veranda.

La bailarina danzaba ágil, ligera, a pesar de que llevaba puesto el abrigo y tenía una bolsa en la mano. Nunca había bailado en el escenario con tal encanto.

Y no le molestaba en lo más mínimo que, desde verandas y balcones, la música que le llegaba fuera distinta y que algunos intérpretes no entendieran lo que significaba una verdadera interpretación.

La bailarina continuaba danzando. La gente iba tras ella.

Los jóvenes se le adelantaban, daban una mirada a su rostro y seguían corriendo.

De vez en cuando la bailarina aflojaba el paso, e, inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado, se balanceaba sobre las puntas, extendía las manos y daba vueltas y más vueltas haciendo flotar los faldones de su abrigo.

La bailarina danzaba como en éxtasis y parecía que volaba sobre las hojas caídas. Así, entre resplandores de luz, recorrió la calle.

Al llegar al final, se detuvo. Hizo un saludo a la gente y, bajando la cabeza, se dirigió a su casa.

Todo el mundo aplaudió entusiasticamente a la bailarina de los rayos de luz.

... Por la noche, cuando se hubo dormido, las luces salieron a la calle y se desparramaron en distintas direcciones. Unas iluminaron hasta el amanecer el libro de un hombre que, entrascado en la lectura, no se dio cuenta de que había oscurecido; un haz alumbró a un ladronzuelo que se había colado en una casa donde vivían sólo mujeres y se estaba llevando un espejo... Y otras luces iluminaron la habitación de un niño que tenía miedo de la oscuridad... Un poeta dio en sueños con alguna rima, se despertó, había que escribiría en seguida, y también los haces lo iluminaron.



Así flotaron los resplandores por la ciudad hasta el amanecer y, a la mañana siguiente, regresaron con la bailarina. Uno tras otro, los rayos la cubrían con su luz azul, naranja, verde, rosa y de otros muchos colores, hicieron brillar las manchitas de lágrimas en la almohada y se ocultaron en el desván.

El teléfono despertó a la bailarina.

—¡Las luces de los focos salieron tras de usted! —le gritaba al aparato el director del teatro—. Las lámparas no se encienden y no se puede iluminar el escenario. ¡Devuelva las luces inmediatamente! Si fracasa el espectáculo la culpa será suya.

—Un momento, espere, no cuelgue, por favor! —dijo la bailarina.

De ningún modo quería que el espectáculo fracasara. La bailarina amaba mucho a su teatro.

Miró a su alrededor, hacia todos los lados, buscaba con los ojos ¿dónde estaban las luces? ¿dónde se podían haber metido?

Se paró a pensar y lo adivinó. Subió rápidamente al desván. Las luces la rodearon y empezaron traviesamente a dar saltos, a resplandecer.

—¡Calma, calma! —las detuvo la bailarina—. Ahora mismo vuelven al teatro.

Sin embargo, las luces flotaban alegremente por el desván jugando con la bailarina.

—A lo mejor no comprenden las palabras —decidió. Y abriendo la ventana señaló el edificio del teatro, allá a lo lejos.

Las luces se inmovilizaron.

La bailarina les amenazó con el dedo, como se amenaza a los niños, y bajó del desván.

—No quieren volver —dijo al director, por teléfono—. No sé qué hacer.

—Le envío un coche y usted haga lo que quiera pero consiga que vuelvan al teatro —gritó el director—. Aunque mejor no, yo mismo vengo por ellas!

El director cubrió las ventanas del coche con las cortinas para cerciorarse de que no quedaba ni una sola luz en la habitación de la bailarina y a ella la llevó consigo y la sentó en el automóvil. Esperaron y esperaron, pero las luces no venían.

El director estaba muy enojado.

—Enséñeme dónde se esconden y ahora sabrán quién soy yo —se desgañitaba.

La bailarina lo condujo hasta la escalera del desván. El director se encaramó al desván y empezó a regañar, pero las luces no le escucharon. Entonces empezó a perseguirlas, quería atraparlas, aunque ¿caso se puede atrapar una luz? Corrió tras ellas, se hizo un chichón, se cubrió de polvo... todo en vano. Hizo un gesto con la mano en señal de abandono, salió del desván y dijo a la bailarina que no volviera más al teatro.

En el teatro instalaron nuevos focos pero tampoco éstos iluminaban el escenario.

El director estaba fuera de sí. Se encerró en su despacho y pensaba a dónde, a quién quejarse de la bailarina.

Por la noche, los haces luminosos echaron de nuevo a

volar por la ciudad. Volaron hasta el amanecer, llevando luz a la gente. Cuando ya por la mañana, la bailarina se subió al desván, vio que las luces eran más tenues, más pequeñas.

Pasó un tiempo.

Cada noche los resplandores bajaban hasta la bailarina, la inundaban con su maravillosa luz y después, dando vueltas y retorciéndose, bailaban por las paredes en un torbellino de brillantes colores.

La bailarina se dormía y los rayos se precipitaban a la ciudad. Por la mañana regresaban al desván, cada vez más y más pequeños. Hasta que finalmente quedaron reducidos a poco más de un palmo.

La bailarina sufrió, temía que el escenario no volviese a ser iluminado por la luz de los focos y que cerraran el teatro. Una vez, por la noche, tomó una resolución: "No tengo otra salida...", se dijo.

Cuando los rayos bajaron del desván se puso el toutou, las zapatillas, se colocó frente al espejo y empezó a bailar.

Los rayos se regocijaron. Adornaron su cabeza con una diadema resplandeciente y giraron junto a la bailarina.

De repente, ella se dejó caer en una silla. Ocultó la cara entre las manos y se echó a llorar: ¡No, nunca podría volver a bailar en un escenario!

La bailarina lloraba.

Los rayos se deslizaban por ella, acariciándola. Y entonces, desde fuera, llegó un suave susurro.

La bailarina echó una mirada al patio: una niña bailaba bajo la ventana.

La niña tenía los ojos cerrados y no vio cómo un haz de luces de colores se agitaba encima de su cabeza, iluminándola. La niña bailaba de maravilla.

Y la bailarina recordó como antes, cada vez que hacia sus ejercicios frente al espejo, se oía un leve susurro y un suave golpeteo.

Resulta que la niña ¡la imitaba!

La bailarina se secó las lágrimas y sonrió. Y la niña continuaba bailando, bailando.

Todos ustedes, lógicamente, habrán adivinado cómo termina esta historia.

Al día siguiente de nuevo los focos iluminaban el teatro. La sala estaba llena. Se levantó el telón.

Una niña salió a la oscura escena. En su cabeza resplandecían unos haces de luz en forma de corona. Empezó a sonar la música.

La niña bailaba.

Los espectadores no podían apartar sus ojos de ella. El director y la bailarina, maravillados frente a la muchacha, no se dieron cuenta de cómo salían de entre bastidores y se encontraban en el escenario.

La niña dejó de bailar.

Y entonces el director se volvió hacia la bailarina y se dispuso ante todos: "Perdóname me he comportado tan estúpidamente... Perdóname, por favor..."

Los rayos, como antes, se pasean de noche por la ciudad. Alumbran a la gente y se empequeñecen, se gastan. Pero al día siguiente giran sobre la niña que baila y de nuevo recuperan fuerzas.

Después del espectáculo, la bailarina y la niña dejan juntas el teatro. Van juntas por la calle principal y arrastran tras ellas haces de luz. Los transeúntes las miran, encantados.

La niña acompaña a la bailarina justo hasta su casa. Nunca se separa de ella en la calle cétrica, teme que las lucen no sigan a la bailarina y ésta se sienta herida.

La bailarina intuye el pequeño truco de la niña y satisfecha piensa: "Tiene buen corazón y por eso su danza siempre llenará alegría a la gente."

Y sueña con un escenario inundado de luces.

Guram Petnashvili. Georgia, 1943.
Docente, cineasta y narrador de cuentos fantásticos.



"Los Pozos del Lobo" de Gladys Dávalos Arce



El libro de Gladys Dávalos Arce LOS POZOS DEL LOBO es un trabajo ambicioso que en sus 210 páginas abarca múltiples temas, actores y que, además, analiza a una sociedad boliviana llena de contrastes y contradicciones. El punto central de la novela, enmarcado en 1934, considera que una de las principales problemáticas que vive Bolivia a lo largo de la guerra del Chaco (1932-1935) es la inequidad de género que varía según el contexto social, económico y cultural de los actores sociales.

Este conflicto bélico permitió a la mujer boliviana tomar conciencia de su relegamiento social, económico y político. Posibilitó la autovaloración de las mujeres de los distintos estratos sociales y permitió que asumiera el rol de jefe de familia. Recayó sobre ella la responsabilidad de llevar el pan de cada día a su hogar, enfrentar la soledad y el abandono y más que nada, las críticas de una sociedad con mentalidad decimonónica que fueron implacables tanto con las mujeres de estratos bajos, como con las viudas y los hijos que tuvieron que refugiarse en los orfelinatos o internados creados especialmente en esos años.

Es éste el contexto que posibilitó la lucha de las mujeres para conquistar sus derechos políticos y cívicos, el voto femenino, la inclusión en puestos de poder, etc., que, años más tarde, se plasmaron de alguna manera con los de la Revolución Nacional de 1952.

Las organizaciones femeninas que se agruparon ante el conflicto bélico contra el Paraguay, giraron en torno a instituciones como ser la Cruz Roja, a la cual se acopló el Ateneo Femenino, El Rotary Club y muchas más que apoyaron de forma decidida y comprometida a los combatientes, heridos, viudas y huérfanos.

Pero, ¿cuáles eran los criterios sociales que compartían la

mayoría de hombres y mujeres de la época? Por un lado, el paternalismo, la segregación de género y raza, el complejo de superioridad masculina y, por el otro, la actitud desdénosa hacia la mujer cuando se manifestaba que "la mujer si bien tiene algunas condiciones como trabajadora, le faltan muchas otras para un trabajo siquiera regular por ser lento, torpe..." (Seoane, Durán).

Otras posturas más extremistas inclusive planteaban, según las historiadoras Seoane y Durán en su investigación EL COMPLEJO MUNDO DE LA MUJER DURANTE LA GUERRA DEL CHACO, que las mujeres eran consideradas un error de la naturaleza.

Se debe mencionar también que las élites de principios del siglo XX, elaboraron la imagen de las clases subalternas como trabas para el desarrollo nacional y opuestas al progreso. Los subalternos eran mirados como lastres de la nación (Martha Irurozqui): "Los indígenas por su salvajismo innato o por su incultura, gracias al contacto que tenían con los terratenientes, iban saliendo de su ignorancia, había por tanto que "civilizarlos", incorporarlos a sistemas más civilizados a través de la educación indígena y el servicio militar. Por tanto, la idea de modernidad dentro de un discurso de igualdad y progreso que se pregonaba en ese tiempo, se entremezcló con prácticas colonialistas jerárquicas y racistas que se resumían según las concepciones liberales entre blancos igual modernidad e indios igual barbarie y retrazo" (Soux).

No podemos dejar de mencionar que la crisis mundial de 1929, la Gran Depresión, afectó indudablemente a la sociedad boliviana en su conjunto y obligó al gobierno de Salamanca a crear un enemigo externo para neutralizar de alguna forma los problemas internos (caída de los precios del estano en el mercado internacional, la suspensión del pago de la deuda externa en 1931, el abandono del patrón oro, y la implementación de una política monetaria inflacionaria). Las élites del país dirigieron su mirada hacia las fricciones fronterizas con el Paraguay... se desató por lo tanto la guerra.

Esta novela histórica, dentro el contexto de la Guerra del Chaco, se desarrolla a lo largo de 1934 y toma varios ejes temáticos que dan una visión muy clara y precisa de una familia a la que le toca enfrentar al interior de la misma, la problemática de la viudez y orfandad atravesada a su vez por características de discriminación social basadas en el color de la piel y en el ingreso económico. El darwinismo social manifiesto en las relaciones sociales de una familia propietaria de grandes haciendas en Cochabamba, y cuyo eje gira en torno a la producción agrícola basada en la mano de obra indígena de pongs y mit'ans, sufre con la guerra la falta de abastecimiento, pues los indios son enviados al frente de batalla a defender una patria de la cual no han recibido más que injusticia, discriminación y olvido por parte del Estado liberal boliviano.

La religión y sus instituciones son un motivo recurrente en la vida de las mujeres. Es por esta razón que ante la crisis económica que atraviesa la familia de la protagonista y narradora, Virginia, ella y algunas de sus hermanas deben asistir a un internado religioso, donde se vive en un ambiente social intercultural con niñas venidas del altiplano, de los valles y de las tierras bajas.

Al interior de este internado, dirigido por monjas alemanas, se manifiesta, al igual que en la sociedad boliviana, la discriminación entre las más blanquitas, que son las preferidas y que pertenecen a familias distinguidas. Las otras tendrán que sufrir

calladamente las consecuencias que implica el color de la piel.

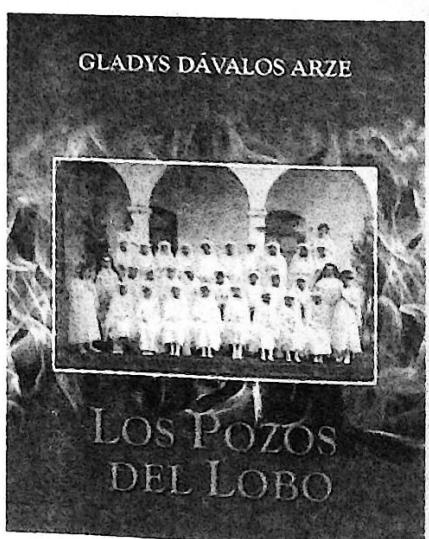
Se debe mencionar también la riqueza de esta obra por la capacidad de reconstruir la vida cotidiana de los diferentes estratos sociales: sus costumbres, cultura, fiestas religiosas y otros, que permiten entender el imaginario de la época y vivir momento a momento, a través de sus páginas, estos 73 años que nos separan. Asimismo se reviven hechos y momentos álgidos de la misma guerra donde se puede establecer el trato recibido por los soldados bolivianos prisioneros de guerra, las batallas más importantes como la de Boquerón, la ocupación de la Laguna Pilitantuta, el conflicto entre dos compañías petroleras: la Standard Oil y la Dutch Shell, para finalmente narrar de forma cruda y veraz la vivencia de los heridos y mutilados.

No se olvida la autora de describir las relaciones que se desarrollan en el frente de batalla entre bolivianos de diferentes etnias, culturas y regiones, los mismos que al combatir hombre a hombre, van conociendo y reconociéndose bolivianos. Por fin Bolivia se miró al espejo y se dio cuenta de su diversidad étnica y cultural.

Para finalizar, se considera a esta novela histórica como un aporte fundamental, único dentro de la temática de la Guerra del Chaco, que contribuye y enriquece el patrimonio cultural del país por brindar a los jóvenes adolescentes y adultos una visión nueva y fresca de un hecho histórico pasado, pero tan importante para entender los cambios que se suscitaron a mediados del siglo XX. Un reto asumido por la autora y logrado con absoluta holgura, al tocar un tema tan poco estudiado y tan importante para la actualidad.

¿Hasta qué punto han cambiado estos problemas estructurales que se arrastran desde la colonia?

Heidi Urday. Docente y escritora boliviana.





Homero Carvalho y la flecha de las palabras



Carvalho no escribe solo. Dentro de él, con determinación y ternura, escribe su padre; tal vez sus abuelos y quien sabe los más lejanos genes escriben a través de él. Los lazos invisibles que no se rompen y que nadie los ve, tejen dentro sus designios, tensan sus fibras repletas de vidas pasadas y secretas y se imponen al hombre de hoy, a Homero, el descendiente.

El poemario "Los Reinos Dorados" es una confesión sobre la innegable voz del padre que habla desde la poética del hijo. Es el hilo que une y entrelaza la totalidad del poemario. Se introduce al principio develando su origen:

*Siente
mi presencia bajo tu piel
y déjame que vuelque en ti
mi alma cargada de recuerdos*
(Pág 9)

Reaparece con frecuencia confirmando su misión, permanece vigilando la obra de creación del hijo para cerrar el ciclo con un vaticinio. La voz bajo la piel, dentro el cuerpo impone al hijo el oficio de escribir, el mandato de dar paso a los legados de la raza, de los pueblos inmemoriales que persisten escondidos en la sangre:

*He vuelto hijo mío
porque me quedaba
algo por hacer para liberar
al pájaro de mi memoria
para que mi voz sea un
eco ancestral que traiga
la imagen de esta tierra
la Tierra de la gente de las Aguas*
(Pág 61)

En las últimas páginas del libro "Los Reinos Dorados" vuelve el padre, Antonio Carvalho, a quien Homero nunca nombría con su exacto nombre y a quien nosotros nos permitimos convocarlo. Leemos:

*Mi padre
pequeño en su mecedora
gigante en sus palabras
calla por un momento
y yo siento que no estoy
ni dormido ni despierto
estoy en la vigilia del sueño.*

*Su palabra me persuade de que escuche
a las voces del agua que poseen el registro
de lo que está por venir
de lo que está por llegar*
(pag. 79)

El "Reino Dorado" territorio mítico de los pueblos perdidos en el tiempo tiene ahora una aeda. Los múltiples nombres del "Reino Dorado" conservan una red, un entramado de leyendas y de historias fascinantes. Guardan al Gran Paititi, susurran en voz baja historias del Reino de Enín, esconden celos el Candirí, hablan del Beni de hoy, rastrean las tierras de Moxos, buscan la Patria de las Aguas, se pierden detrás de la Loma Santa. Todos estos nombres tejieron vivos sus redes en el "Reino Dorado" y en el aeda beniano. Homero dice:

*Mi padre habla nuevamente
para recordar que los Reinos Dorados
limitaban con todos los reinos
y su capital no estaba en ninguna parte.*
(Pág 31)

*Candire
Candire repite mi padre
ése era nuestro nombre
así nos llamábamos nosotros
aunque muy pocos los recuerden*

Ahora nos llaman Beni
(Pág 37)

El poemario es la exaltación de lo primigenio, de los tiempos miticos e inmemoriales donde los hombres se transfiguran en bestias y las bestias en hombres, donde todavía las cosas y los seres gozan de una naturaleza binaria, plural y de una multiplicidad natural. Donde los hombres conocen y viven la sacratitud de la vida:

*En los Reinos Dorados
los hombres y la selva éramos uno.*
(pág. 27)

No es la primera vez que leemos o escuchamos mencionar que los pueblos amazónicos tienen un sustrato andino antiguo.

Homero lo retoma, no sólo por las palabras quechua que utiliza como amarumayu, quechusimí, inkarrí, pachamamas, sino por el develador poema de la pág. 45:

*Ahi están
los terraplenes construidos
los interminables diques
que cruzan las pampas
de los llanos de Moxos.*

Homero resguardado desde los cuatro flancos por la voz del padre termina el canto al Beni, al "Reino Dorado", con la expresión del padre que lo lanza como los dioses a Ulises al reencuentro de Itaca:

"porque al escribirlo esláras marcando el camino
de retorno a Casa me dice y desaparece en el humo."

Queda así el poeta atravesado por la flecha de las palabras del padre para cantar el retorno a Casa después del humo, canto con el que se cierra el círculo de la búsqueda, el círculo del viaje.

Gracias Antonio Carvalho por herir a Homero con la flecha de sus palabras. Gracias Homero por oírlas.

Gaby Vallejo Canedo. Académica de la Lengua



Luz Aparicio de Fuentes

Luz Aparicio de Fuentes. Maestra, poeta y narradora tarijeña. Animadora de eventos de literatura infantil y ganadora de distinciones nacionales por sus creaciones literarias. Tiene publicaciones en medios de difusión cultural local y nacional. Los poemas que se publican están insertos en la antología *Arcilla iluminada* (2007).

Ayer vi una anciana en la calle

No bien ha amanecido,
la anciana solitaria sale al día.
No ha dormido casi nada,
la muerte le ha tocado con sus manos...

Ayer la he visto por la calle
con sus pasos de arcángel que añeja la agonía.

Se le fueron los hijos, no le quedan hermanos.
Tiene el alma quebrada y la voz apagada.

Me dicen que en la casa es invisible.
Que ocupa el último lugar en la cocina.
Y que come tan poco ¡cuál fuera un pajarito!
Sólo Dios la conoce. Y el olvido... ¡y el viento!

Viste un mantón lustroso por los años...
Lleva un chal de luna en pleno ventisquero.
Calza unos zapatos viejos de suela remendada
y un sombrero de alpaca que guarda en su pelaca.

Se ha perdido en un torvo entrevero
de olvidos y oscuras desmemorias.
Si convoca a los ángeles, los ángeles son sordos,
Si preguntan a los nietos si ya han vuelto sus padres,
los nietos le esquivan la mirada.
El marido está muerto,
se lo llevó la guerra de la calle una tarde...
"Ha de estar junto a Dios, porque él era bueno,
como una hogaza blanda en la mesa del pobre"...

Ella quedó rezagada en la casa
"para dar sólo trabajo y aborrotar los pájaros..."

La abuela está callada, de sollozo a sollozo.

—Abuela, ¡Usted sí que parece sola!
¿Es que ha perdido, acaso su ángel de la guarda?
¡Ay, abuela, abuela, abuela...!

Ella entonces apresura sus pasos en la calle
como huyendo de las pregunta vanas...
de las sombras crueles que hieren su cansancio.

Pero la abuela es lerda y está muy cansada.
¡Le pesan tantos años de vivir de allegada!
De soportar el peso de ser innecesaria...

Los viejos son como rosas marchitas
en un jardín que devastó la vida.
Se acaban poco a poco. Nunca se apuran
para dejar vacía la poltrona
que estorba en la morada.

—Abuela: Usted sí que molesta en la casa
con su traje cansino entre las cosas viejas...!

¿Qué sosiego van a tener estas almas buenas
si la vida es tan cruel con su tiempo arrejado,
con sus viejos retratos, con su misal marchito?

Yo sé que las ancianas habitan el silencio
y se mueren calladas, porque nadie las oye...

Ayer miré en la calle una anciana de luto.
¡iba encorvada, inmensamente sola
con su atado de penas,
y su carga de olvido...

¡Cuando la vuelva a ver le diré que la amo
por los hijos que le dieron la espalda.
o por mí mismo que anticipó mi soledad
en la niebla
amarrada a la tierra desde donde me llaman
las voces profundas de la noche.

El cofre del amor

¡Cuánto he amadol ¡Y cuánto me han amado!

Vuelvo los ojos al tiempo que se ha ido
y me hallo... nueva,
¡tan frágil, como una cañal
tan ligeramente enamorada
como una endecha blanca...

¡Mi alma huele a rosas y a violetas fragantes!

¡Sí! Me han amado hasta trocarme
en ánfora de greda que palpita en el suelo.

¡Estoy vestida toda de lámparas azules!

Me han amado, es verdad.
¡Y yo he amado tanto...!
hasta volverme un manantial sediento,
hasta hacerme sentir que Dios me habita
con una luz adentro.

Ahora sigo envuelta en perfumes de azahares
y de mieles gratas...

¡Cuánto he amadol Como el amar a una
gota de agua, como una lirica pavesa
en la magia crepuscular cuando el sol
enciende los celajes lantásticos del mar,
—hecho de lágrimas y de besos puros—

Así he amado y me han amado de igual modo...
Así he cambiado las cuentas de mi vida
por otras de un rosario que ha escogido el tiempo.

Mi espíritu se ha colmado de gracias
como las avemarias que santifican el sueño
en la quietud hipnótica de los ángeles...

Estoy llena de luz.
Una aureola de dicha
anida en mi corazón
que florece de nuevo...

He vencido a la muerte
porque he amado tanto..
¡Y Dios me ha bendecido
por tanto amor que me fue dado!
Ya llega el término y mi vida se escurre

como el agua en una hoja,
como un poema en la noche,
como la chispa de un astro que surge,
en el cielo, ilumina un momento y muere.

El amor que yo quisiera

—¿Qué sabes tú del amor?—
me dijo mi madre un día,
mirando el sol, que urgido por las sombras,
silenciosamente huía...

El amor es algo diáfano
que llega
sin que lo busques,
como la lluvia improvisada de enero
o el trino que nace al alba
junto al pico de un jilguero.

Hoy que el viento llama a mi ventana
y las hojas la raspan y me inquietan,
me pregunto nuevamente:
"¿Es el amor risa o lágrima?
O es el acorde, —¡tan triste!—
que al ser mojado de olvido
se deshace en su quebranto?
¿Es miel de flores fragantes?
¿O es hiel de penas sombrías?
—¿Qué es el amor, mamá buena?

—Es caminar tras un sueño
con las manos encendidas
de amapolas amarillas.

Es el amor como un río
siempre nuevo y siempre viejo,
que se lanza sin memoria,
en busca de otros destinos.

—Ay, madre, yo no quiero un amor
hecho de lágrimas!
Lo quiero limpio y sereno
como un remanso sonoro.
Lo quiero fuerte y florido
como un árbol de quebracho.

Lo quiero lleno de cánticos,
de poemas y de plegarias
¡a la sombra de un naranjo!

Mamá: yo que he sufrido tanto,
quizá tenga un mañana
con una casita blanca,
llena de sol, abierta al mundo,
con algarabía de pájaros
donde Dios llegue cada tarde
a mitigar su cansancio.

La poesía de Luz Aparicio es como su nombre: ilumina, sensibiliza, llama a la reflexión, está habilitada por Dios, es la voz de los callados. Exalta desde su exquisita versificación el destino ha de tocarnos un día. Y ama desde su poesía en nombre de los que olvidamos, porque ella está agradecida con la vida. Desde su "Pago", cual parras en llor, extiende sus versos, sus brazos, para cantar la gloria con su corazón mozo y sus manos ávidas de tornar en coplas luminosas los sollozos.

H. C. Felipe Mansilla. Bolivia, 1942. Doctorado en ciencias políticas y filosofía en Alemania. Profesor visitante en universidades de Alemania, Australia, España y Suiza. Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

África y Julitane

(Quinta de siete partes)

No hay duda de que esta biografía tenía paralelismos con la vida de la madre de Julitane. La conocí superficialmente, pero vislumbré que había sido una mujer de gran belleza, al mismo tiempo de origen social modesto, de carácter débil y proclive a depresiones. Esta francesa, que tenía también sangre árabe, vivía en Dakar sin tener un proyecto de vida que vaya más allá de los temas cotidianos. Julitane la quería mucho, pero no quería seguir su ejemplo. Ambas vivían en la vieja casa paterna, rodeadas de varios servidores solícitos que a mí también me tomaron cariño. Era una vivienda curiosa, cuyos recintos para recibir estaban amueblados según las costumbres árabes. Sólo en la habitación de Julitane se podía encontrar libros y otros testimonios de la cultura. Se decía que en esta casa se habían llevado a cabo las conversaciones decisivas entre el Presidente Léopold Séder Senghor y las autoridades francesas, conversaciones que llevaron a la independencia del país, y que también en ella se pactó la disolución del nexo estatal entre Senegal y Mali. Hasta hoy me acuerdo de cada rincón de la residencia, y todos llevan el grato recuerdo de mi amiga. El gran sofá verde limón, ubicado en la sala revestida de seda azul, preferido por el Presidente Senghor, sirvió también para amar a Julitane. Allí Senghor concibió y dictó el Acta de la Independencia.

Con ella y con mi jefe y amigo hice numerosas excursiones dentro de Senegal y a los países vecinos. Fue una época de actividades frenéticas en cuanto a viajes: la mayoría de los asuntos fue resuelta literalmente en movimiento. Estuvimos en Diourbel, ciudad provincial en el centro del país, y en Touba, que no me pareció tan interesante como la elogiaban los funcionarios de la fundación. Ambas urbes se hallan en la estepa, ya muy seca por la proximidad del Sahara, y se distinguen por abrigar un Islam muy particular, adscrito al sunismo convencional, pero con fuertes tendencias místicas y pietistas. La religiosidad popular en Senegal y países circunvecinos no contiene elementos de fanatismo e intolerancia, y se muestra más bien como un credo sincrético, en el cual se pueden rastrear elementos de diversas religiones. Las mujeres no iban veladas y lucían más bien atuendos de brillantes colores, que dejaban vislumbrar sus encantos corporales, además de joyas y turbantes de fantasía lúdica, que están lejos del tedioso puritanismo del Islam practicado en las zonas árabes.

En Diourbel conocí al padre de Julitane, quien rara vez se dignaba a ir a Dakar. Era el marabout principal de una de las grandes corrientes místico-religiosas que constituyen la cultura popular senegalesa. Diourbel era su plaza fuerte; nada se hacía en la región sin su consentimiento y permiso. Era el líder espiritual, el depositario de la gracia divina: sanaba enfermos, otorgaba la tranquilidad de espíritu a los acongojados e interpretaba el Corán de manera obligatoria. Era también la cabeza de un dilatado sector social, que, curiosamente, estaba presente en varios partidos políticos a la vez. En suma: una personalidad muy importante en el país, un intocable, un hombre consultado permanentemente por los gobernantes. Pertenecía a uno de los linajes reales del África Occidental, lo que le daba un aura casi mágica en las llamas del pueblo llano. El marabout era un hombre alto, delgado, de trato muy fino y de una elegancia manifiesta en todo momento. Nos recibió en un edificio contiguo a la gran mezquita de Diourbel, donde tenía su despacho. Absolvió todas nuestras preguntas con inteligencia, se permitió criticar velada y divertidamente al gobierno del Presidente Abdou Diouf (que recibía el apoyo incondicional de nuestra fundación) y nos dio mucha información sobre el trasfondo político-religioso del desarrollo de Senegal y Mali. Julitane era su única hija (es decir: no tenía otros retoños) y, sin embargo, la trató con distancia durante este encuentro, no porque tuviera diferencias políticas o personales con ella las que no existían, sino

simplemente porque Julitane era mujer, lo que a los ojos del marabout significaba un lugar de segunda categoría en la escala humana y cósmica. Aun así Julitane estaba muy orgullosa de semejante padre. De allí le venía a mi amiga una buena parte de su arrogancia. Y de su seguridad existencial, como comprobé con algo de envidia.

Mi jefe y amigo se dio cuenta de que las ambiciones políticas del marabout no llegarían muy lejos. Era un hombre de la vieja élite, muy alejado del pueblo llano, un intelectual sin duda brillante y sin rival en la exégesis coránica. Su francés, hermoso y conciso, era similar al de su hija. Según mi jefe y amigo, se notaba que procedía de la escuela del anterior presidente Senghor, lo que ya no era signo de estar a tono con los tiempos. Ese francés pulcro, sin acentos regionales ni tonalidades proletarias, no era el idioma usual en el país y menos aun entre la gente joven. Muchos recordaban ahora con sorna las famosas palabras de Senghor: "El francés se presta a todos los timbres y efectos, desde la dulzura más suave hasta el fulgor de la tempestad". Se creía que indirectamente era un escarnio del wolof, el idioma predominante en Senegal. Por ello y por el desempeño declinante de la corriente política del marabout, se podía afirmar que el padre no comprendía del todo el proceso de modernización en que estaba inmerso Senegal, no se interesaba por las corrientes juveniles y sus valores, no mostraba interés por el consumismo que empezaba a inundar toda el África.

Su competidor era el marabout de Touba o, como le gustaba llamarse, el califa general, hombre menos culto, pero más astuto. Este último era un virtuoso muy notable en la utilización de los medios modernos de comunicación. Sus prédicas estaban acompañadas por música juvenil estridente, sus preocupaciones se centraban en las necesidades de los más pobres, y su misticismo, que él sabía combinar con vistosos espectáculos públicos, postulaba una unión inmediata con Dios que no exigía esfuerzos intelectuales ni teológicos y sí brindaba un claro consuelo existencial. Touba, la Feliz, la Bendecida, es una ciudad situada en el centro geográfico y cultural de Senegal. Es relativamente moderna (fundada recién en 1888), de un crecimiento demográfico realmente exponencial. Ya era la segunda ciudad del país y se acercaba al millón de habitantes. Su razón de ser no es económica, sino religiosa. Su centro indiscutido es la Gran Mezquita, un edificio majestuoso, luminoso y original: el mejor ejemplo que conozco de arquitectura islámica moderna. Visitar la mezquita fue para mí una experiencia de genuina religiosidad, precisamente porque la realicé de la mano de Julitane, quien, como dije, tenía una enorme confianza en la bondad del Creador.

La Gran Mezquita de Touba es la sede principal de la hermandad del mouridismo, una variante del sufismo musulmán, que une las vivencias extáticas del misticismo con los requerimientos del mundo contemporáneo y con la asistencia social a los sectores más desvalidos de la población. La hermandad proclamaba asimismo el renacimiento histórico y político de la etnia wolof (la más populosa en el país), un renacimiento centrado en la esfera laboral y en el acceso a los bienes "razonables" de la modernidad, todo ello envuelto en un halo vagamente revolucionario y socialista. No era casualidad que en épocas de crisis y desempleo aumentase la popularidad del mouridismo, que entonces se vestía de una ideología radical.

Los jefes de la hermandad manipulaban a su gusto las preferencias políticas de sus seguidores. Millones de senegaleses votaban por consigna. Estos líderes dirigían soberanamente los negocios de la hermandad, es decir sin consultar a los miembros de base, quienes, de todas maneras, no habrían comprendido esos tediosos problemas bancarios y mercantiles. Desde afuera la constelación parecía curiosa y hasta divertida: la jefatura estaba consagrada a los arcanos del capitalismo (para evitar que los seguidores tengan de contaminarse con esos



asuntos tortuosos), mientras que los fieles de abajo se concentraban fervorosos en la oración y creían en una amalgama religiosa y socialista. El califa general se sacrificaba y cargaba sobre si los pecados del mundo para que sus adherentes puedan redimirse más fácilmente.

Se entiende así el inmenso esfuerzo que hacían (y hacen) los partidos políticos senegaleses por ganar el favor de los líderes religiosos. Era la reinvención de una tradición religiosa y étnica, obviamente con objetivos muy profanos, y por ello un tema prioritario de investigación para nuestra fundación y para la comunidad extranjera de Dakar. El mouridismo es, con toda seguridad, una interesante alternativa frente al Islam ortodoxo, intolerante y fundamentalista del ámbito árabe, alternativa que tiene probablemente un buen futuro político. Esto es lo que le faltaba al movimiento del marabout de Diourbel. Los seguidores del mouridismo creían que la mezquita y sus servidores estaban protegidos milagrosamente de la corrupción imperante en el mundo profano. El califa general de Touba había conseguido del gobierno y parlamento del país notables prerrogativas legales para la mezquita y la ciudad: gozaban de leyes especiales que sólo tenían vigencia en esta especie de enclave dentro del territorio de Senegal. El padre de Julitane nunca alcanzó todos estos logros y privilegios (pese a que Diourbel era la capital provincial y no Touba), lo que imposibilitó su ascenso político hacia la cumbre del poder. Su hija habló poco de estos asuntos conmigo; el tema le era molesto. La inevitable comparación entre Diourbel y Touba le cayó mal y tal vez empezó a minar sus ilusiones. Aquella noche en Touba la vi derramar algunas lágrimas y lamentarse de su destino, pero se contuvo rápidamente y no quiso aclararme cuál era ese destino adverso. Aunque suene inveterosímil y cursi, debo decir, en honor a la verdad, que cuando Julitane lloraba lo hacía como una princesa, con una gracia y dignidad que le venían de muy adentro. Desde nuestra ventana en el hotel se veía claramente el majestuoso minarete de la Gran Mezquita, lo que queataba el sueño a mi amiga. Fue una noche muy larga de caricias interminables para brindarle algo de consuelo ante los oscuros presagios que se acumulaban frente a su carrera política.

(Continuará)

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del período independentista



Libelo

En sí, el Libelo no corresponde a ningún género de creación estética; de hecho, Carlos Montenegro, como muchos otros investigadores, lo confunde con el Pasquín, al que considera un género precursor del periodismo escrito. Desde luego que el libelo es escrito y de carácter anónimo, donde las más de las veces se denigra y daña la reputación de alguna persona o, también, se infama una causa o institución. En su forma denigrante, el Libelo apareció en el siglo XVI, siendo fuertemente escandaloso y caricaturesco.

Sus versos son cortos y fáciles de captar. Voltaire condenaba a los libelistas de la siguiente manera: "Las gentes honestas que piensan son críticas; las malignas, satíricas; las perversas componen libelos".

En el período independentista, el libelo se constituye en un poderoso instrumento de lucha. Así lo entiende Carlos Montenegro al destacar su función en la sociedad de entonces, cuando dice: "Se libelaba o era libelada cualquiera, cuando se echaba a perder en la boca o la pluma de los vocabularios, anonimistas y otros entintadores de papeles. La libelación era institución social como en otras partes la prensa".

Cabe aclarar que el libelo y el Pasquín, como también el panfleto, son muy parecidos, por lo que no es extraño que los confundan con bastante frecuencia. Los libelos pueden ir en verso o en prosa; de extensión variada, aunque más corta que larga, cuando están en verso toman la forma de canción. Se puede decir que su relación con la literatura es similar a la de la caricatura con el dibujo.

Los libelos que encontramos en el período independiente del Alto Perú, en octosilabos irregulares, a veces imitan a las crónicas rimadas del siglo XIII español. Montenegro considera que "Su factura en romance corresponde al medio letrado

con que el poder colonial enervaba la impetuosa-
dad combativa de aquel vecindario", conde-
nando aquellos libelos que se expresan en
lengua latina. En el Alto Perú, es muy conocido
el que apareció en Chuquisaca, en marzo de
1780, del cual copiamos el siguiente fragmento.

*Ya el Cuzco y Arequipa
con La Paz y Cochabamba
al ver tanto latrocínio
con pretexto de Aduana
esforzados han resuelto
defenderse con sus armas.
Potosí lo ha intentado
y en su lealtad tan rara,
ha sido por esperar
que dé un grito Chuquisaca.*

Veamos otro libelo aparecido hacia 1805, que es mucho más atrevido y socarrón en su intención crítica:

*Ladronzuelo picarón,
ordinario chapetón,
raza de Mahoma y Lutero;
enfermo borrachón,
diezmero de bodegón,
oficial de zapatero.*

*Señor cabrero
preparad el cuero.
¿Eres el que desafía
la nación americana?
Se admite de buena gana,
por castigar tu osadía,
inocente fanfarrón.
Ojo de cu..., baquero;
preparad el cuero,
señor Cabrero.*

A.C.R.

